

Noche a noche

GABRIEL INSAUSTI

I

Si yo pudiera, noche, hablarte
de esta certeza de tu don que hoy vivo,
haciendo mío el aire, el mar, la lluvia
a modo de memoria. Si pudiera
decirte cuanto sé de estos instantes
con una lengua limpia que mostrara
las cosas tan iguales a sí mismas
que no supieses tú qué nombre darles.

Pero ya tu silencio me recuerda
que soy hombre, y que este afán de sombra
vive en mí como la tierra en un puñado
de tierra. Así toda hermosura.
Qué darte entonces, noche, que aún no tengas
sino esta claridad de serlo todo
y esta tarea de negar mis propias manos
hasta hacer innecesarias las palabras.

Yo no quiero tener otra esperanza
que el viento del otoño en los maizales
diciendo, noche, lo extraño de estar vivo.
Tan lejano el aire, el mar, la lluvia...
Y he aquí que es gozo esta callada
presencia de las cosas verdaderas
cuando el alba asoma por el campo
lentamente, y siento más mis palabras.

III

Despierto, qué cerca
el campo, la hortiga, el brezo
contemplados.
Nadie en mi ventana.
Cerca lo cercano.

X

Y esta tarde quieta, este silencio,
este rumor de campos en labranza
dormido en los senderos del otoño
cuando la lluvia deja las cosas
abiertas, como flor o palabra sin decirse,
y todo parece esperar un nombre.

Sentir entonces la hondura enamorada
del aire tibiamente detenido
a la sombra del chopo y sus quehaceres.
Hablar con cuanto pide una palabra
encontrando el polvo de la tierra
de acuerdo con mis manos. Todo es respuesta.
Así esta tierna creencia en el sosiego
de las cosas nos consuela de nosotros.

Y es verdad esta tarde, este silencio,
esta labor de recobrar en la memoria
tanta hermosura, tan altas espigas
hechas un instante comprendido
hasta hallar mi soledad sin miramientos.
Del tiempo del otoño y su tardanza
tan sólo hay ya rumor, rumor de campos.
Y este deseo de ser como la tarde.

XV

Esta es mi esperanza. Cuando el viento
levanta los caminos del terreno
y es noticia igual del lirio o la hondonada,
las cosas cotidianas de mi asombro
vienen al encuentro con su nombre
para darme exactitud de tarde
quieta, para que yo pueda mirarlas.
Lo estaban diciendo en la alta hora
del amplio mediodía contemplado
la encina, el lirio, la hondonada,
hartos de cielo limpio que concreta
esta muchedumbre de vocablos
sujeta al rigor del pensamiento.
Lo estaban diciendo, sí, pero qué claro
poder saberlo sin agravio de otra
voz que esta callada complacencia,
poder oírlo ahora de mis labios.
¿Y hay más alta dicha que el temprano
desvarío de la luz a ras de suelo?

Como el día reciente necesita
para ser fruto, alcance, recia espera,
labor que mude en noche los momentos,
así también a mí me es necesaria
tanta entereza de tierra sin manos.
Tantos ramales. Tantas arboledas.
Y es bien cierto que la tarde, cuando el viento
vuelve siempre sobre el mismo cauce,
afirma cada lugar con su regreso.
Lo hermoso perdura en la memoria.
Esta es mi certeza y mi descanso.

XVI

Yo no sé si estos momentos serán míos,
si esta casa, esta tarde y este cielo
tendrán, cuando las horas queden quietas,
la forma tibiamente adivinada
que toma lo vivido en el recuerdo.
Pues nada hay verdadero, y es en vano
tanta noche sin respiro,
en vano medir el mundo con palabras.

Cómo, entonces, llamar nuestras estas manos,
soñar el silencio en carne viva
sintiendo que las cosas tienen nombre.
Quizá volver, volver hasta el principio
desnudo de todos los vocablos,
como el mar regresa siempre a sus lugares
y es mar. Así las horas tras las horas
llenar de memoria nuestros labios.
Tal vez toda hermosura sea amarga.

Y esto que hoy vivimos,
esta casa, esta tarde, este cielo,
tienen, cuando las horas quedan quietas
y nos nacen las palabras en la boca,
la íntima certeza de haber sido.
Cómo llamar mío a cuanto he visto.
Yo solamente sé lo que recuerdo.

XX

Quién me diera que mi voz se hiciese aliento
para hablar con cada cosa a su manera,
como el aire vive en cuanto acude
y es para mí ejemplo, muda enseñanza
de este oficio agraz de parecerme.
Ved la altura del manzano, el solo
vibrar del álamo en su esfuerzo
que no llega a sazón, y sin embargo
dispone lo que una mano abarca
dando medida a la intemperie. Ved
la sabia privanza de los campos
en colmo de su propia sembradura
que siempre a otra responde, yendo
siempre con las cosas que se marchan.
¡Nada habría en vano si los días
tuviesen también su limpio acierto
de tierra en la tierra, de aire en el aire,
de abierta claridad para esta tibia
avidez de cercanía que padezco!

Y he de creer, pues, en cuanto acude,
yo que no veo en mí sino mi propia
entraña, yo que vivo de mis manos.
Crear sin cautela que nada aprovecha;
decir cada palabra con su hallazgo. Cómo hablar
entonces, si estos labios
tienen todavía sed de certidumbre,
mínimo afán, remedo de memoria
por quien creo amable lo que amo. Así
transcurre esta espera de voz cierta
y soy tierra en la tierra, aire en el aire.
Así lo eterno empieza en cada instante.

Gijón, 1994

BIO-BIBLIOGRAFÍA

Gabriel Insausti nació en San Sebastián el año 1969. Ha publicado cinco libros de poemas y recibido una docena de premios entre los que se encuentran el “Gerardo Diego” 1991, el “Rabindranath Tagore” 1993, el “Ateneo Jovellanos” 1994 y el “Martín Descalzo” 1997.

Le gustan especialmente la generación española de los cincuenta, la poesía hermética italiana y el romanticismo inglés.